

Farsalia, en donde fué dado á César el imperio del mundo por la superioridad de las legiones de los galos.

En todo esto hay sin duda combinaciones muy hábiles y con frecuencia muy atrevidas para inducir al combate al adversario que no quiere combatir, pero no es la gran guerra con toda la libertad, la extensión y la exactitud de sus movimientos, tal como la hemos visto en nuestro siglo decidir en algunos días luchas que en otro tiempo hubieran durado años. Un solo hombre en los tiempos antiguos se presenta con esta libertad, con esta seguridad, Aníbal, quien además como vigor, audacia, fecundidad, felicidad en las combinaciones, puede decirse que no tiene igual en la antigüedad. Esta era la opinión de Napoleón, juez supremo en estas materias, y se puede adoptar por ser suya.

Durante la Edad Media el arte militar no ofrece nada que merezca la atención de la posteridad. La política tiene á la vista inmensos espectáculos en los que la sangre corre á torrentes, en los que el corazón humano despliega sus pasiones acostumbradas; hay cobardes y héroes, crímenes y virtudes, pero faltan un César ó un Aníbal. No es sólo la gran guerra lo que desaparece, sino también el mismo arte de la guerra. La barbarie con su ciego valor se precipita sobre la civilización romana decrepita, dotada de un saber que ya no animan las virtudes guerreras, y cuando innumerables pueblos bárbaros, empujándose como las oleadas del mar, después de destruir el imperio romano, han inundado el pueblo civilizado, se encuentran alguna que otra vez hombres valientes como Clodoveo, como los Pepinos, mandando con el hacha de armas en la mano, y hasta un incomparable jefe de imperio, Carlomagno; pero no se halla un verdadero capitán. En esta edad de la fuerza individual, la poesía, única historia de estos tiempos, toma la forma de las cosas y celebra á los paladines que luchan á caballo por Cristo contra los sarracenos que luchan á caballo también por Mahoma. Esta es la época de la caballería, cuyo nombre solo indica su naturaleza, es decir, el hombre á caballo, cubierto de hierro, combatiendo espada en mano con arreglo á su habilidad y á su fuerza física. Sin embargo, esta situación debía cambiar muy pronto con los progresos de la sociedad europea. El comercio, la industria, formando en las ciudades una población numerosa, acomodada á la que la necesidad de defenderse debía hacer valerosa, crearon el soldado de á pie, es decir, la infantería. Los suizos defendiéndose en sus montañas, los ciudadanos de las ciudades italianas y alemanas detrás de sus murallas, los de las ciudades holandesas detrás de sus diques, constituyeron el arma de infantería y le dieron una importancia que el tiempo no ha hecho más que aumentar. Un gran descubrimiento debido igualmente al progreso de la sociedad europea, el de las materias inflamables, contribuyó poderosamente al mismo fenómeno. Ante los proyectiles lanzados por la pólvora, la coraza no era solamente ridícula, sino peligrosa. Desde este instante el hombre debía presentarse descubierto, libre del peso de un vestido de hierro inútil, y la inteligencia, el valor reflexivo, debían reemplazar á la fuerza física. Con el mismo motivo, las ciudades que presentaban salientes y amenazadoras sus murallas, cambiaron de repente de forma y de aspecto. Hundieron en tierra sus murallas para abstraerlas del cañón; en lugar de torres elevadas

y redondas, se rodearon de baluartes poco elevados de fachada recta y angulosa, para que el cañón les protegiese en todo su perfil, y se vió nacer la sabia fortificación moderna.

Esta revolución, comenzada en Italia, se continuó, se perfeccionó en Holanda contra Felipe II, y entonces aparecieron en el mundo tres grandes hombres, ¡los Nassau! Reapareció el verdadero arte de la guerra, pero tímido todavía, indeciso en sus movimientos y sin nada de lo que constituía este arte en los tiempos de Aníbal y de César. En torno de las plazas de Holanda, cubiertas de diques, de baluartes sabiamente dispuestos, fué donde la guerra se estableció quedando allí como encadenada. Dirigirse delante de una plaza, embestirla, librarse por medio de líneas de trinchera contra los sitiados, de circunvalación contra los ejércitos de socorro, asegurarse víveres, mientras que el enemigo por su parte trataba de ayudar á la plaza cortando las provisiones al sitiador ó distrayéndole de su empresa, compuso toda la ciencia de los capitanes. No se veían ni grandes movimientos, ni batallas decisivas, y por el contrario muchos ardides para interceptar los convoyes ó distraer al sitiador de su objeto, de tal modo que en la carrera de los Nassau desde 1579 á 1648, es decir, desde la proclamación hasta el reconocimiento de la independencia holandesa, se trabaron cuando más cinco ó seis batallas dignas de este nombre, y un centenar de asedios grandes y pequeños. Durante esta guerra que llenó las dos terceras partes de un siglo, los holandeses, á quienes quedaba el mar abierto, tenían paciencia porque estaban seguros de poder ganar para pagar á sus soldados, y con esta paciencia ayudaban, casi creaban la constancia tan justamente celebrada de los Nassau.

En esta época, la formación de la infantería (efecto y causa á un tiempo de la independencia de las naciones), comenzada por la lucha de los suizos contra las casas de Austria y de Borgoña, y continuada por la de las ciudades holandesas contra España, recibía un nuevo desarrollo en la lucha del protestantismo contra el catolicismo. Durante la guerra llamada de los treinta años, un héroe justamente popular, Gustavo Adolfo, dió al arte militar moderno el impulso más fuerte después de los Nassau. Rey de una nación pobre, pero robusta y brava, teniendo que defenderse contra un pretendiente primo suyo, rey de Polonia y rey por consiguiente de una nación con soberbios jinetes, buscaba su fuerza en la infantería, empleando toda su inteligencia y aplicación en organizarla perfectamente. Esta infantería era entonces una especie de falange macedónica, espesa y profunda, defendiéndose con picas de gran longitud y llevando al frente y á sus lados algunos hombres armados con mosquetes. Estas falanges apenas podían manejarse, y Gustavo Adolfo procuró con el celo de un verdadero instructor de infantería combinar el medio de mezclar del mejor modo posible los lanceros de á pie con los mosqueteros, de abolir la armadura inútil ante las balas de cañón, dando de este modo mayor movilidad á los ejércitos, multiplicando y haciendo más ligera la artillería. Aunque fué lejos de acabar el triunfo de la infantería, sin embargo por haber introducido en esta arma un notable progreso, venció al rey de Polonia que no tenía más fuerzas buenas

que las de su caballería, le obligó á renunciar á sus pretensiones sobre la corona de Suecia, y respondiendo al llamamiento de los protestantes vencidos por Tilly y Wallenstein, bajó á Alemania guiado por una fe sincera y el amor de la gloria. Cosa notable, y que prueba la lentitud de los progresos de lo que se llama la gran guerra: este héroe, uno de los más valientes que Dios ha dado al mundo, se mostró en sus movimientos con una extremada timidez. Discípulo de los Nassau, se movía alrededor de las plazas, no quiso abandonar las orillas del Báltico hasta no conquistar todas las fortale-

hay duda en que por su valor, por la nobleza de sus sentimientos, por la extensión y la seguridad de su talento, Gustavo Adolfo es uno de los personajes más completos de la humanidad, y se equivocaría quien imputase á su timidez personal la timidez y la incertidumbre de sus movimientos. El no era tímido, sino el arte militar; pero el arte debía cambiar muy pronto de aspecto, una nueva revolución iba á operarse en él en tres actos, de los cuales el primero debía realizarse en Francia por Condé, Turenna y Vaubán, el segundo en Prusia por Federico, y el tercero en Francia también



Santa Elena, 5 de mayo de 1821

zas del Óder, y porque el elector de Sajonia no consintió en prestarle á Wittemberg para pasar con más seguridad el Elba, dejó á Tilly que se apoderara á su vista de Magdeburgo, condenando á esta infortunada ciudad á una ejecución espantosa, que tuvo eco en la Europa entera y que hizo dudar un momento del carácter del héroe sueco. Sin embargo, llamado con instancia por los sajones, no pudiendo resistir á sus deseos, y habiendo por otra parte probado en muchas ocasiones el valor de la infantería, aceptó primero un encuentro con Tilly en la llanura de Leipsick, ganó una batalla que puso á sus pies la casa de Austria, y entonces, cuando Oxenstiern, más atrevido que su rey, le aconsejaba que avanzase hacia Viena para terminar la guerra en esta capital, quiso primero triunfar en Francfort, perder después un año en medio de la Baviera en marchas inseguras, pasar algunos meses en defender Nuremberg contra Wallenstein, seguirle en fin á Lutzen, y casi contra su voluntad dar y ganar en esta llanura célebre la segunda gran batalla de su heroica carrera, en donde murió como Epaminondas en el seno de la victoria. No

por Napoleón. Así pues, para la inmortal gloria de nuestra patria, ella era la que iba á comenzar esta revolución y á concluirarla.

Como acabamos de ver, el arte de la guerra, reducido á no salir de los alrededores de las plazas para tomarlas ó socorrerlas, estaba como un pájaro sujeto á la tierra por un lazo, sin poder volar, ni menos avanzar á su fin, es decir, al punto decisivo de la guerra. Gustavo había sido discípulo de los Nassau, y los franceses lo fueron al principio de Gustavo. Muchos de nuestros oficiales, y especialmente el bizarro Gassión, se formaron en su escuela, y transmitieron sus lecciones á la Francia, cuando comprometiéndonos el genio de Richelieu en la guerra de los treinta años, sucedimos en esta liza á los suecos á quienes la muerte de Gustavo había privado del primer papel en ello. Como era natural, nuestros generales encontraron en la frontera del Rin y de los Países Bajos á los generales del Austria y de la España, recientemente separados, pero siempre en alianza. Toda la guerra se limitó á concluir, á interrumpir asedios. Vaubán, tomando de las manos de los

holandeses el arte de sitiar, le elevó á un grado de perfección que no ha sido sobrepujado ni aun en este siglo. Sin embargo, el arte militar permanecía encadenado en torno de las plazas, cuando de pronto un joven príncipe dotado de un talento sagaz, impetuoso, amante de la gloria, á quien Dios había hecho tan confiado como Alejandro y á quien su calidad de príncipe de la sangre ponía en salvo de las timideces de la responsabilidad ordinaria, entró en liza, y cansándose, por decirlo así, de la guerra metódica de los Nassau, en la que no se daba una batalla hasta el último extremo, salió del círculo en que el genio de los capitanes parecía encerrado. La primera vez que mandó, rodeado de consejeros que la corte había puesto á su lado para contenerle, no les hizo caso; sólo escuchó á Gassión tan audaz como él, sorprendió un desfiladero que conducía á las llanuras de Rocroy, desembocó atrevidamente por él en presencia de un enemigo bravo y experimentado, le asaltó por sus dos alas compuestas de caballería según el uso de la época, las derrotó, después se volvió contra la infantería que permanecía en el centro como una *ciudadela que reparase sus brechas*, la empezó á romper con el cañón y la destruyó en este día, que fué el último de la infantería española. Es cierto que en aquel día no cambió nada Condé en el arte de combatir, que era aún lo que había sido en Farsalia y Arbelas; pero en lo que se mostró innovador fué en la resolución de dar batalla y avanzar en seguida hacia el objeto de la guerra, modo de proceder el más humano, aunque por un instante el más sangriento.

Condé se convirtió de esta manera en el audaz Condé. Poco después, despreciando en Friburgo las dificultades del terreno, no cuidándose en Nordlingen al tener un ala derrotada y el centro incompleto, ganaba una batalla casi perdida á fuerza de persistencia y de audacia. Con esta afortunada mezcla de atrevimiento y de golpe de vista, llegó á ser el más grande general de batallas conocido hasta entonces en los tiempos modernos. A su lado, delante de él, después á sus órdenes y bien pronto sin su ejemplo, se formaba un capitán destinado á ser su émulo, menos audaz en el campo de batalla, pero más atrevido en las marchas y en la concepción general de sus campañas: nuestros lectores habrán conocido por este bosquejo que aludimos á Turena. Condé, tratado como príncipe de la sangre, no era encargado sin duda de las empresas fáciles, porque en la guerra todas son difíciles, sino de las más grandes, de las que tenían destinados para su consecución los mayores recursos. Turena, que con el tiempo llegó á ser el preferido del trono, fué al principio encargado especialmente en el Rin de las tareas ingratas, como por ejemplo las de contener con sus fuerzas insuficientes á un enemigo superior, y se le vió ejecutar marchas de una audacia increíble, cuando en 1646 bajaba el Rin que debía atravesar por Wesel para reunirse con los suecos, y obligar al elector de Baviera á aceptar la paz, ó cuando en 1674, fingiendo adormecerse por el cansancio al fin de una campaña, salía de pronto de sus acantonamientos, caía de improviso sobre los cuarteles de invierno del enemigo, le ponía en fuga y le obligaba á traspasar las fronteras. Así es que puede decirse que Condé dotó al arte militar con la audacia de las batallas y Turena con la de las marchas. Des-

pués de estos dos capitanes, el arte iba á detenerse, á andar á tientas hasta mediados del siglo XVIII, época en la que una inmensa lucha debía impulsarle á dar el segundo paso, conduciéndole á lo que puede llamarse la gran guerra.

Para comprender exactamente lo que se había adelantado, lo que quedaba por hacer, es necesario recordar cuál era entonces la composición de los ejércitos, la proporción y el empleo de las diferentes armas, y la manera de dar la batalla. Todo esto puede verse escrito con una notable exactitud en las memorias de uno de los más sabios generales de aquel tiempo, el ilustre Montecúculi. A pesar del desarrollo que ya había recibido la infantería, apenas formaba más de la mitad de las tropas reunidas en un campo de batalla, y la caballería constituía la otra mitad. La artillería era poco numerosa, cuando más una pieza por cada millar de hombres, y muy difícil de mover. El orden de batalla era el mismo que nos describen los historiadores del tiempo de Aníbal y de César (únicos maestros que entonces se estudiaban), es decir, que la infantería estaba siempre en el centro, la caballería en las alas, la artillería (reemplazando á las máquinas de los antiguos) en el frente, sin tener en cuenta el terreno, y cuidando únicamente de que la caballería se estrechase, se replegase hacia atrás ejecutando estos movimientos como podía, si el terreno de las alas era poco favorable para su despliegue. La artillería comenzaba por disparar al enemigo para ponerle en movimiento, después la caballería de las alas cargaba á la caballería contraria, y si llevaba la ventaja se dirigía hacia el centro en donde las tropas de á pie combatían, y abor dando de flanco ó por la retaguardia á la infantería del enemigo acababa su derrota. Pocas batallas pueden citarse del tiempo de Gustavo Adolfo, de Turena y de Condé, en las que no haya sucedido todo esto. Las más famosas, las de Lutzen, de Rocroy y de las Dunas, no ofrecen otro espectáculo. Pero no es así como se manobra en nuestros días. La caballería no forma en las alas, ni la infantería en el centro, ni la artillería al frente. Cada arma se coloca según la conformidad del terreno, la infantería en los parajes difíciles, la caballería en las llanuras, la artillería en todas partes en donde puede con sus fuegos ofrecer ventajas. La infantería, representando hoy las cuatro quintas partes de los combientes, es la base de los ejércitos. Tiene su correspondiente porción de caballería para abrirse camino, de artillería para que le sirva de apoyo, más ó menos según el terreno, y si existe como en el imperio una gruesa reserva de caballería y artillería, queda en poder del general en jefe, quien la emplea en los golpes decisivos si sabe utilizar sus recursos con la oportunidad del genio.

Lo que impulsó á colocar la caballería en las alas, tanto á los antiguos como á los modernos, fué la necesidad de cubrir los flancos de la infantería, que no sabía maniobrar como hoy y presentarse de frente por todos lados formándose en cuadro. La infantería ha sido hasta fines del siglo XVIII una verdadera falange macedónica, una especie de cuadrilongo presentando al enemigo su lado prolongado, el cual se componía de lanceros de á pie entremezclados con algunos mosqueteros. Estos últimos, formados ordinariamente al frente y cubiertos por la longitud de las picas, disparaban; después cuando

se aproximaban al enemigo corrían á lo largo del batallón y se situaban en las alas dejando á los lanceros el cuidado de ejecutar la carga ó de rechazarla con arma blanca. Fácilmente se comprende que, si los fuegos hubieran tenido entonces la importancia que hoy tienen, un batallón como éstos no hubiera tardado en ser destruido. Las balas de cañón penetrando en una masa en la que diez y seis y á veces veinticuatro hombres estaban formados los unos detrás de los otros, hubieran causado espantosos estragos. Este mismo batallón, no teniendo picas más que al frente, se hallaba en la imposibilidad de defender sus flancos contra los ataques de la caballería.

Así, pues, para contrarrestar los inconvenientes de esta disposición, no era extraño ver como en Lutzen, como en Rocroy, formarse las infanterías austriaca y española en cuatro grandes masas que presentaban su frente por todos lados, componiendo de este modo un solo y grueso cuadro con todas las tropas de á pie.

Hoy día el problema se ha resuelto gracias al fusil de bayoneta, debido á nuestro admirable Vaubán, quien con esta invención ha llegado á ser el verdadero autor de la táctica moderna. Efectivamente, colocando por medio de la bayoneta una hoja de lanza en la boca del antiguo mosquete, puso fin á la distinción de los lanceros de á pie y de los mosqueteros. A partir de este instante no debía haber más que una clase de infante, que pudiese á la vez disparar y oponer á los jinetes una punta de hierro. Desde este importante cambio la formación moderna de la infantería era una consecuencia forzosa. Pero no se sacan de pronto las consecuencias de un principio, y sobre todo no es durante la guerra cuando aprovechan las lecciones que da, sino en medio del silencio y de las meditaciones de la paz.

Durante las últimas guerras de Luis XIV, el fusil de bayoneta no produjo todos los resultados. Al principio se anduvo á tientas y los generales se limitaron á disminuir las filas de infantería para presentar menos blanco á los disparos del enemigo y poder disparar más, teniendo más desplegadas las fuerzas.

Pero á mediados del siglo XVIII, que debía ser tan fecundo en revoluciones de todos géneros, se preparaba la revolución del arte de la guerra. En este siglo de duda, de examen, de investigaciones, en el que un mismo espíritu agitaba sordamente todas las profesiones, los militares se consagraron también á buscar nuevos procedimientos. Existía una monarquía alemana casi tan fuerte como la Baviera, pero mejor situada que ella para resistirse al poder imperial, porque hallándose al Norte, era difícil que la alcanzase, apoyada como estaba por un pueblo robusto y valiente, que se había distinguido en las guerras del siglo XVII, concibiendo con este motivo una vasta ambición, y que animado por el espíritu protestante estaba dispuesto á oponer una invencible resistencia á la católica Austria: esta potencia era la Prusia. Había tenido en el gran elector un soberano militar; en su sucesor un príncipe muy vano y enamorado del título de rey, que compró al emperador entregándole sus fuerzas. Sin embargo, este título por vano que fuese era un compromiso con la grandeza, y la Prusia, convertida en reino, llegó á ser de pronto tan ambiciosa como había sido amiga de honores. Al príncipe rey sucedió un príncipe enfermizo, triste, arre-

batado hasta la demencia, pero dotado de grandes cualidades, avaro de la sangre y del dinero de sus súbditos, comprendiendo que la Prusia erigida en reino debía prepararse á sostener su categoría, y con este fin se dedicó á reunir tesoros, á formar soldados, aunque personalmente odiaba la guerra y nunca quiso emprenderla. Su pasión por los granaderos arrogantes ha llegado á ser famosa, y era tan conocida entonces, que los que querían adquirir influencia sobre su ánimo le obsequiaban con hombres de elevada estatura del mismo modo que á otros monarcas se regalan caballos ó cuadros. Este príncipe, cuya inteligencia estaba rodeada de sombríos vapores, no era á propósito para soportar continuamente el peso de la corona y se descargó de él repartiéndolo entre dos favoritos, uno para la política, Mr. de Seckendorf, y otro para los asuntos militares, el príncipe de Anhalt-Dessau, el primero intrigante, hábil, y el segundo dotado de un verdadero genio para la guerra. El príncipe de Anhalt-Dessau había tomado parte en las últimas campañas de Luis XIV, se había distinguido en Malplaquet á la cabeza de la infantería prusiana, y había adquirido la convicción de que en el porvenir las tropas de á pie eran las que debían decidir la suerte de los imperios. Maniobrando desde por la mañana hasta la noche en la explanada de Potsdam con la infantería prusiana, concluyó por comprender toda la importancia de la invención de Vaubán, armó á su infantería con fusiles de bayoneta, la formó en tres filas y llegó casi completamente á la organización del batallón moderno. No se limitó á esta creación, animó la infantería prusiana, á la que hacía maniobrar todos los días en su presencia, de un espíritu tan enérgico como el suyo: otro servicio no menor, porque en un ejército si el mecanismo importa mucho la moralidad no importa menos, y sin ella el ejército mejor organizado es una buena máquina desprovista de motor.

Su rey aprobaba sus actos, le secundaba, y aunque resuelto á no emprender la guerra, quería sin embargo que todo su pueblo estuviese apto para luchar. Un instinto profundo, confuso, indefinible, le impulsaba sin que él lo supiese, sin que él lo notase, á continuar la obra, hasta el punto de no permitirle adivinar en su hijo al hombre que debía emplear los recursos que tan bien preparaba.

Este hijo, educado por protestantes franceses, y no tardando en pasar á las manos de los filósofos, lleno de genio y de impertinencia, considerando el pasado del mundo como una extravagancia tiránica, mirando la religión como una preocupación ridícula, no reconociendo más autoridad que la del talento, se disgustó del pedantismo militar que reinaba en la corte de Prusia, y por este motivo llegó á ser odioso á su padre, el cual en un acceso de cólera dió de bastonazos al que debía ser Federico el Grande. Federico el Grande apaleado y detenido en una fortaleza por no profesar bastante afecto á la carrera de las armas, es ciertamente un espectáculo de los pocos singulares que ofrece la historia algunas veces. Pero este padre tan raro murió en 1740, y su hijo se apoderó en seguida de las armas de Aquiles que al principio no había reconocido como las suyas. El emperador Carlos VI acababa de morir, dejando por única heredera una hija, María Teresa, á la que nadie creía capaz de defender su herencia. Cada cual deseaba una

parte de ella. La Baviera la corona imperial, la Francia aspiraba á conquistar todo cuanto el Austria poseía á la izquierda del Rhin, la España misma tenía sus miras puestas sobre la Italia, y el joven Federico pensaba en hacer á sus Estados dignos por su dimensión del título de reino. Sin embargo, aun cuando todo el mundo devoraba con los ojos una parte de la herencia de María Teresa, nadie se atrevía á echarle mano. Federico obró como las gentes que prenden fuego á la casa que quieren despojar; se lanzó sobre la Silesia, poco después le imitó toda la Europa, y encendió así la hoguera que tanto debía redundar en su provecho. Habiendo recibido de su padre un tesoro bien repleto y un ejército siempre en pie de guerra, entró en Silesia en octubre de 1740 (seis meses después de haber subido al trono), conquistó toda esta provincia en diciembre, porque el Austria apenas tenía un ejército que oponerle, y probó de este modo la superioridad de un príncipe pequeño preparado, sobre uno grande que no lo está!

Con todo no se profirió en Europa más que un solo grito acusando de aturdido al joven rey de Prusia, y anunciándole que en enero expiaría su temeridad. Efectivamente, reuniendo los austriacos sus fuerzas desembarcaron en Bohemia, en Silesia, y Federico tenía tan poca experiencia que dejó á los austriacos establecerse á sus espaldas y cortar el camino de la Prusia. Sin embargo se volvió, avanzó hacia ellos con la audacia que inspiraba todas sus acciones, y dió la batalla, aun cuando nunca había hecho maniobrar á un batallón, teniendo el Austria á sus espaldas mientras que los austriacos tenían la Prusia detrás de sí. Si hubiera sido vencido, jamás hubiera vuelto á ver la corte de Berlín, y, cosa singular, en aquella primera batalla no empleó otra táctica que la de los tiempos antiguos. Su magnífica infantería, mandada por el valiente mariscal Schwerin, estaba en el centro, la caballería en las alas, la artillería al frente como en Rocroy, en las Dunas y en Lutzen. La caballería austriaca, que también formaba en las alas, y que era superior en fuerza y en calidad á la prusiana, partió á galope y arrastró á la caballería enemiga (*procella equestris*) con el joven Federico que jamás había asistido á una escena semejante. Pero al paso que los dos combatientes de á caballo, el uno persiguiendo al otro, corrían hacia atrás, la sólida infantería prusiana permanecía firme é inmóvil en línea. Si las cosas hubieran pasado como en tiempo de Condé ó de Alejandro, la caballería austriaca, volviéndose contra la infantería prusiana, la hubiera atacado por los dos flancos, destruyéndola en seguida.

Pero no sucedió así: el viejo mariscal Schwerin avanzó, se apoderó del arroyo y del molino de Molwitz, y cuando la caballería austriaca tornó victoriosa, halló derrotada su infantería y perdida la batalla. Así, pues, Federico debió su triunfo al valor de su infantería, que venció mientras que él era perseguido á sus espaldas. Pero él mismo lo ha dicho, la lección fué buena, y no tardó en hacerse general. La Europa maravillada proclamó á Federico como guerrero, y no ya como aturdido, pero lo más importante fué que la infantería prusiana adquirió un ascendiente que conservó hasta el año de 1792 cuando encontró la infantería de la revolución francesa.

En los siguientes años ganó Federico hasta cuatro

victorias más, y después de diversas alternativas, mientras que la Baviera y la Francia habían agotado sus fuerzas sin obtener la una la corona imperial y la otra la izquierda del Rhin, Federico solo realizaba sus deseos y ganaba la Silesia, justo premio de una política profunda y de una guerra dirigida con arreglo á los nuevos y excelentes principios del arte militar. Con todo, una provincia como la Silesia no se pierde ni se gana de una sola vez. La piadosa María Teresa tenía dos motivos para ser implacable, el sentimiento de ver desmembrado su patrimonio y el orgullo de la casa de Austria humillada por un joven innovador, despreciador de Dios y del imperio. Esperaba la ocasión de vengarse y no debía esperar mucho tiempo. Federico, tan dueño de sí en política y en guerra, no podía dominar, sin embargo, su espíritu burlón, y Europa le ofrecía los medios de emplearle de tal manera que no podía menos de dejarse llevar por esta inclinación. En París, una mujer de talento y elegante representaba la sociedad culta, gobernaba la indiferencia viciosa de Luis XV. Una mujer bella y licenciosa, la emperatriz Isabel, gobernaba la ignorancia de la corte de Rusia. Ofendiendo Federico á las dos con sus palabras, y haciéndolas de este modo aliadas de María Teresa, se acarrió la terrible guerra de los siete años, en la que tuvo que luchar contra todo el continente, sostenido apenas por el oro de la Inglaterra. En esta guerra fué en la que el arte dió su mayor vuelo.

Hemos visto á Federico batirse en Molwitz como se batían los ejércitos en Rocroy, en Farsalia, en Arbelas, la infantería en el centro y la caballería en las alas. Admirado de la superioridad de la caballería austriaca, procuró primero dotar á la suya, que tanto necesitaba en las llanuras de la Silesia, de las cualidades militares que le faltaban, y logró darle una solidez que no tenía la caballería austriaca. Pero en la infantería prusiana es en donde principalmente fundó su poderío. Para ello le estimulaban dos motivos, la excelencia misma de esta infantería, á la que debía sus primeros triunfos, y la naturaleza del terreno sobre el que estaba llamado á combatir. La Silesia es una llanura, pero no era en Silesia en donde debía disputar la posesión de esta provincia, sino en Bohemia, y sobre todo en las montañas que separan las dos provincias. Comprendió, pues, la necesidad de emplear especialmente la infantería y de servirse de la artillería y de la caballería como auxiliares indispensables de la infantería, más ó menos importantes según el terreno en donde tuviera que combatir. En una palabra, aprendió el arte de emplear las armas según las condiciones de los terrenos.

Como vemos, el hombre que en Molwitz colocó su infantería en el centro y su caballería en las alas, no tardó en obrar de otra manera en Leuthen y en Rosbach. En Leuthen, batalla que Napoleón ha declarado *la obra maestra del gran Federico*, vió á los austriacos apoyando su izquierda en una altura poblada de árboles, la de Leuthen, y extendiendo su derecha en una llanura. Aprovechándose de un cortinaje de colinas que le separa del enemigo, hace desfilar por detrás de este cortinaje la mayor parte de su infantería, la dirige hacia la izquierda de los austriacos, les arrebató la posición de Leuthen, después los anonada en el terreno llano con las cargas de su caballería, y estando en visperas de

perecer, restablece sus fuerzas en una jornada, aprisionando ó destruyendo á la mitad de las tropas de sus adversarios.

En Rosbach tenía un campamento en una altura de difícil acceso con pantanos á su derecha y bosques á su izquierda. El príncipe de Soubise, operando también de una manera distinta á la que se había empleado en el siglo xvi, propone rodear á los prusianos é interna al ejército francés, cuya marcha no ha hecho explorar de antemano, en los bosques que se hallan á la izquierda del enemigo. Federico deja á los franceses meterse en esta especie de madriguera, los detiene presentándoles algunos batallones de buena infantería, después precipita sobre sus flancos la caballería de Seidlitz y los derrota de tal manera, que sin los triunfos de la revolución y del imperio no podríamos menos de ruborizarnos al recordar este desastre.

Federico cambió, pues, por completo el arte militar, empleando con arreglo á las condiciones del terreno las diferentes armas. Sin embargo, contrajo un hábito, porque en la guerra, como en todo, cada cual se aficiona á un modo particular de proceder, y él adoptó como maniobra favorita la de atacar á una de las alas del enemigo para decidir la victoria triunfando de ella, de donde nacieron entonces las famosas discusiones sobre el *orden oblicuo* que han llenado el siglo xvii.

Federico no sólo operó una revolución en el empleo de las diversas armas, sino que cambió sus proporciones, reduciendo la caballería de la mitad á una tercera parte cuando más, y desarrolló la artillería haciéndola á la vez más numerosa y movable.

Por último, desde el punto de vista que exige la mayor superioridad de inteligencia, el de la dirección general de las operaciones, realizó cambios más notables aún. En el siglo precedente se andaba alrededor de una plaza para tomarla ó defenderla. Obligado á luchar contra los ejércitos de la Europa entera, que llegaban tan pronto por la Bohemia como por la Polonia, como por la Franconia, no tuvo más remedio que hacer frente á todos estos enemigos á la vez, descuidando el peligro que apenas era alarmante para atender al que lo era en verdad, sacrificando lo accesorio á lo principal; tuvo necesidad de correr de un ejército á otro para batirlos alternativamente, salvándose gracias á la acertada distribución de sus fuerzas. Pero aun cuando la guerra, por el progreso de cada arma y la situación extraordinaria de Federico, fuese entonces más viva, más despierta, más audaz, estaba todavía muy lejos de ser como la hemos visto en nuestro siglo. Federico apenas salió de la Silesia y de la Sajonia, es decir, del espacio comprendido entre el Óder y el Elba, y jamás pensó en abarcar con una sola ojeada toda la configuración de un grande imperio, en escoger el punto en el que llegando atrevidamente podría dar un golpe que terminase la guerra. Projectó sí entrar en Dresde, que se hallaba á su alcance, pero jamás se le ocurrió dirigirse á Viena. Si desde Glogau ó Breslau corría á Erfurt, era porque después de haber vencido á un enemigo le indicaban que otro nuevo se acercaba, y los buscaba como un toro que perseguido por los perros cae tan pronto sobre unos como sobre otros, después de sentir sucesivamente las dentelladas de cada uno. En una palabra, comenzó una gran revolución, pero no la termi-

nó. Así, por ejemplo, acampaba todavía, y no sabiendo como Napoleón en 1814 buscar en un falso movimiento del enemigo la ocasión de emplear una maniobra decisiva, se encerró en el campamento de Bunzelwitz, en donde pasó muchos meses esperando á la fortuna, que acudió con efecto á salvarle substituyendo Pedro III á Isabel en el trono de Rusia. Y no se limitaba á acampar, resto de las antiguas costumbres, sino que cubría su frontera con lo que se llamaba entonces *la tala*. Queriendo impedir á los ejércitos austriacos que entrasen en Silesia, quemaba los sembrados, cortaba los árboles, incendiaba las heredades en un espacio de diez á quince leguas de latitud, de treinta á cuarenta de longitud, y en lugar de operaciones inteligentes oponía al enemigo el hambre. Por no ser bastante audaz ó bastante hábil, la guerra era cruel. Así pues, si Federico cambió el orden de batalla subordinándole al terreno, si imprimió una marcha nueva á los movimientos generales obligado como estaba á luchar á la vez contra tres potencias, no llevó la gran guerra á su último desarrollo. Dejó este cuidado á la revolución francesa y al hombre extraordinario que debía llevar sus banderas á los confines del mundo civilizado.

Por lo demás bastante hizo, y pocos hombres en la marcha del espíritu humano han recorrido un espacio más vasto. A fuerza de carácter y de genio, resistió á la Francia, al Austria y á la Rusia con una nación que aun después de contar con la Silesia apenas tenía de seis á siete millones de hombres, verdadero prodigio que hubiera sido imposible sin algunas circunstancias que debemos enumerar para que pueda concebirse este prodigio. Desde luego la Inglaterra ayudó á Federico con su oro, con cierta parsimonia es verdad, pero en fin le ayudó. Con este oro se proporcionó soldados, y como se batían alemanes contra alemanes, después de sus batallas convertía á los prisioneros en reclutas, con lo que suplía á la insuficiencia de la población prusiana. Además ocupaba una posición concéntrica entre la Rusia, el Austria y la Francia, y corriendo rápidamente de Breslau á Francfort-sur-l'Óder, de Francfort á Dresde y de Dresde á Erfurt, podía hacer frente á todos sus enemigos, lo que facilitaba también una circunstancia más decisiva aún, la de que si el Austria le hacía una guerra formal, la Rusia y la Francia, gobernadas por el capricho de la corte, sólo le hacían una guerra de amor propio. Isabel enviaba cada año un ejército ruso que daba una batalla, la perdía ó la ganaba, y después se retiraba á Polonia. Los franceses, ocupados contra los ingleses en los Países Bajos y tan deplorablemente administrados como dirigidos, enviaban de cuando en cuando un ejército que mal recibido, como en Rosbach, por ejemplo, no volvía á presentarse. Federico no tenía que habérselas verdaderamente más que con el Austria, lo que no impide que su triunfo sea asombroso, y lo que no le hubiera salvado si no hubiera sido lo que en nuestra época se llama *legítimo*. Con efecto, dos veces entraron sus enemigos en Berlín, y en lugar de destronarle, lo que no hubieran dejado de hacer si hubieran contado con algún pretendiente para substituirle, se fueron después de haber cobrado algunos centenares de miles de escudos como contribución de guerra. Todas estas son circunstancias reunidas, que sin disminuirle, explican el prodigio de un príncipe insignificante